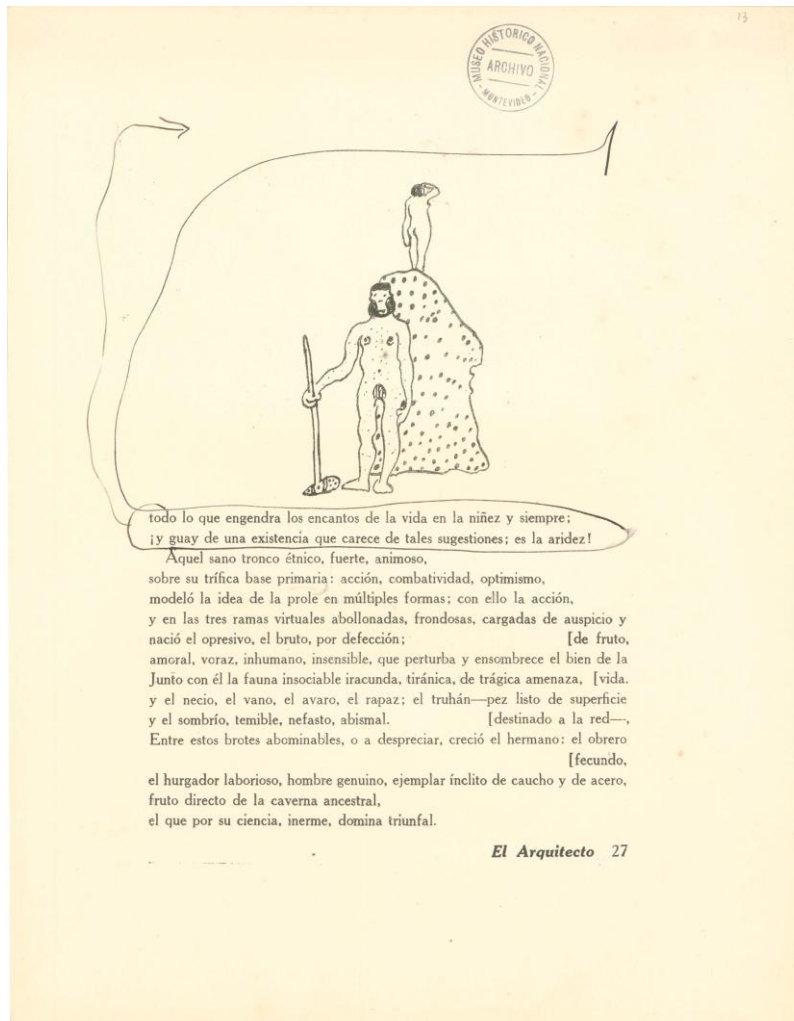




en foco

La exhibición del libro **El Arquitecto. Ensayo poético con acotaciones gráficas** de Pedro Figari (Editions “Le livre libre”, Paris 1928) es la piedra de toque para una revisión de la poesía y la ilustración gráfica en dos décadas fundamentales para la consolidación del campo cultural uruguayo. En este sentido, el ejemplar de sala ocupa un lugar central en la exposición **Poesía e ilustración uruguaya 1920-1940** y se exhibe junto con dibujos originales del artista y documentos de época.



Esta pieza bibliográfica en particular, primera edición parisina, fue donada el pasado año al Museo Figari por la profesora Nancy Carbajal y ha sido restaurada para su correcta visualización y guarda en el museo. El proceso de restauración ha sido consignado en el informe realizado por la restauradora Lic. Alicia Barreto que se puede apreciar en el documento adjunto. **El Arquitecto** es la obra elegida en este mes para ver “En foco”, una ocasión que amerita el análisis a fondo de sus contenidos. Hemos reunido para ello una serie de textos críticos que a lo largo del tiempo ha suscitado en los estudiosos y amantes de la literatura.

Prueba de galera de **El Arquitecto**, cortesía Archivo del Museo Histórico Nacional.

Por otra parte, actualmente se proyecta en uno de los patios interiores del museo el documental **Pedro Figari: Memoria, poesía, ilustración** que fuera especialmente concebido por personal del museo -con la producción de Hachaytiza-, y que repasa la génesis de este poemario. Este video se podrá ver a la brevedad también en el sitio web oficial del museo.

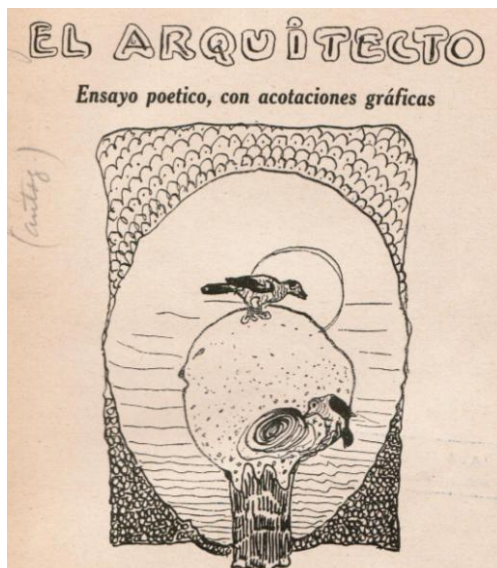
Concebido en memoria de su hijo y colaborador Juan Carlos Figari Castro, fallecido en París a la edad de treinta y tres años, **El Arquitecto** es una obra singular: "*El Arquitecto es una especie de suma lírica, de los conocimientos y de las doctrinas de la ciencia moderna sobre el hombre, sobre los orígenes, sobre sus relámpagos de conciencia divina.*" (Francis de Miomandre, 1928). Pedro Figari traslada a versos sus preocupaciones filosóficas y las nutre con gran cantidad de viñetas e ilustraciones propias de su gran imaginación de artista. Si algún ámbito de la creación y del pensamiento a Figari le faltaba explorar, era éste, el de la poesía y la ilustración. Y una vez más Figari, como en otros tantos planos de la concreción intelectual, demuestra su valía como pensador y artista integral.

Sin embargo, el reconocimiento de la obra de Figari ha sido siempre tardío en nuestro país. Debieron pasar setenta años para que la obra poética se volviera a editar en una edición uruguaya: **Toda la poesía de Pedro Figari**. Ilustrada por su autor (Edición facsimilar de *El Arquitecto*, Vintén editor, Montevideo 1998).

Más recientemente, el Museo Figari apoyó una segunda edición a cargo de la Universidad del Trabajo del Uruguay, con prólogo de María Luisa Battagazzore y Nancy Carbajal: **El Arquitecto, Ensayo poético con acotaciones gráficas** (Serie Edición Homenaje, Vol. 33, Ministerio de Relaciones Exteriores, Ministerio de Educación y Cultura, Consejo de Educación Técnico Profesional, Montevideo, 2011).

Selección de textos críticos y del artista

Carta a Victoria Ocampo.



“Paris 31 Julio de 1929

Mi querida amiga:

No vaya a creer que no tengo ganas de enojarme, para saber cómo le sienta a Ud. Éso [sic]; pero, después de lo que he visto, caigo en la cuenta de que no me va a llevar el apunte, y desisto. Vaya uno a esperar sus cartas, para mantener una correspondencia en forma, y será lo propio que el esperar sus visitas, las anunciadas. Ya ve que no me enojo; me resigno, y, como la quiero, espero, espero a que se enmiende.

Me parece un sueño su paso por aquí, con despedida a la francesa. Acaso sea por éso [sic] que no atino a formarse la idea de que se ha ido, y quedo esperando su visita, o, siquiera sea, que me mande decir: Venga a verme. Realmente, se vive a veces al margen de la realidad, esto es, en una realidad irreal. Note que no digo surrealista, y no lo digo porque si hubiese de calificar matices diría más bien subrealista [sic] .

Yo, que pensé tantas veces en Ud. cuando me salía algún verso de regular para arriba, y que hubiese tenido un verdadero, hondo placer en discurrir sobre esta fiebre rosada tardía, que no me atrevo a llamar poesía, por pudor, he debido conformarme con las dos palabras de elogio que me expresó sin darme tiempo para ver si era un simple cumplimiento, o si, por casualidad, entendía que había dado yo en el clavo. Le anticipo que si sobre eso de los versos y lo de la poesía me tiene perplejo, no me tiene así el concepto. A dicho respecto me siento firme, sino testarudo. Digo lo mismo de aquel del cuento: no será poesía, pero es verdad.

¡Oh, qué ganas tengo y con qué ganas me dejó Ud. de conversar un buen rato! Eso, permítame que le diga, no está bien; mucho mejor habría estado lo otro, y, para cuando

vuelva, que ha de ser pronto, espero que me de ese placer, sin admitir motivos de excusa de esos que pueden Uds. los mismo que antes de la campaña feminista triunfal, adoptar a discreción.

Le envía el más afectuoso abrazo su viejo amigo:

Pedro Figari”

(Archivo General de la Nación. Figari, encuadernación 8. Transcripción de Jimena Hernández, en sala se exhibe reproducción facsimilar de carta, gentileza del Archivo General de la Nación).

“Pedro Figari, poeta.

Extraña figura la de este artista, en otro tiempo abogado y jurista, siempre preocupado de sociología, que en los alrededores de la cincuentena se revela pintor de una libertad, de una abundancia, de una riqueza de inspiración casi inagotables, y que hoy vuelve (sin abandonar por esto a la pintura), a la literatura, y se afirma como poeta.

¡Y qué poeta!, a la vez minucioso y torrencial, grave y humorístico, arrastrado a veces en digresiones científicas casi sin fin, pero encontrando al paso escorzos cautivantes, imágenes locamente evocadoras, abrazando con una ambición magnífica el cosmos integral y descendiendo con una lupa de entomologista y un corazón de franciscano hasta el animáculo y la brizna de hierba. ¡Ah!, sí, el singular poeta que no se parece verdaderamente a ningún otor, como no se parece a otro pintor cuando pinta. Siempre desconcertante, siempre fuera de las leyes ordinarias, siempre más allá de los límites. Inclasificable, extraño, evasivo, apasionante.

No me arriesgaré a querer analizar El Arquitecto. Es una especie de suma. Una suma, lírica, de los conocimientos y de las doctrinas de la ciencia moderna sobre el hombre, sobre los orígenes, sobre sus relámpagos de conciencia divina. No tiende a enseñarnos nada, pero nos recuerda que no sabemos, volviendo a colocarlos, si se me permite decir, sobre el plano en que no tenemos bastante costumbre de ponerlo, dándole de nuevo la frescura del descubrimiento, recordándonos hasta qué punto nos concierne. La ciencia suministra la materia bruta, la exaltación de Figari la transfigura y hace de ella poesía. He aquí nuestros antepasados, he aquí de donde venimos. Los relámpagos de un lirismo whitmaniano surcan el abismo y hacen medir su inmensidad. Del caos primitivo e hirviente del planeta a nuestras civilizaciones artificiales, compartimentadas, terribles, brillantes, he aquí el camino recorrido, jalonado de milenarios. Todo esto es muy bello, muy vasto, muy poderoso, y ya lo he dicho, torrencial. Un río de imágenes se atropella, arranca las orillas de la lógica, se abre un camino casi fatal, arrastra consigo migajas de filosofía, islotes de naturaleza, anchos lienzos de moral, todo un mundo centellante y confuso bajo la tranquila mirada unificadora del pensamiento...

Pero después de este comienzo grandioso y abstracto, Figari, que se humaniza y se enternece, aborda temas menos vastos. Nos habla de su América: de la pampa, del gaucho, de la dulce y sumisa china, del ombú, de los pobres negros que él ha representado⁴

tan asombrosamente en sus telas. Y después, la naturaleza lo requiere, y helo aquí que describe el mundo de los animales y de las plantas. Se vuelve fabulista, imaginas pequeños diálogos semi satíricos, semi naturistas, entre toda clase de animalillos... la rana, la hormiga, el tatú, la mariposa, el hornero, la cigarra. Y luego, sin más plan, como se hojea un álbum de croquis arroja sin orden, por decenas, sus reflexiones sobre el hombre, sus virtudes, sus vicios, sus costumbres, sus deformaciones de civilizado. Reflexiones ora risueñas y ora serias, superficiales o profundas, terribles a veces, jamás amargas. Porque la característica de Figari es el optimismo: un optimismo esencial, cuya base sentimental es su bondad personal (ella brilla en su mirada inolvidable) y al que la consideración de las verdades científicas no ha hecho más que reforzar. El cree en la evolución. Saber que nada la detiene, que no vuelve jamás hacia atrás. Simplemente, ella actúa sobre duraciones casi infinitas. Es, pues, muy lenta: porque es una fuerza de la naturaleza. El hombre está en cierto modo condenado a volverse cada vez más perfecto, no ciertamente por gusto de la perfección, sino porque, según la sublime expresión de Mallarmé, están inscriptos en su carne textos que no pueden dejar de desarrollarse. Y esta fatalidad, lenta y sublime, no solamente es la ley del hombre sino la del Cosmos entero.

Lo que impresiona más en esta colección que contiene más de doscientos poemas, de todas las dimensiones, de todas las especies, de todos los tonos, es que siempre se siente allí la presencia de la preocupación de orden filosófico, de la necesidad de reducir todo a lo que general, a lo eterno. Así lo explica su título. La necesidad de imponer un orden al universo. Dos fuerzas, pues en Figari, y que armonizan entre sí: la que arrastra al poeta en el vértigo embrigador del movimiento cósmico, y la que reconduce al sabio a la ley, al orden, a la arquitectura. ¡Precioso contraste! ¡Lucha rica en resultado magníficos!

No quiero terminar este breve estudio sin decir una palabra de los dibujos con que el autor ha sembrado su libro: animales, objetos, pequeños monigotes, de una deformación, de una fantasía que testimonian el espíritu más invenciblemente humorístico que podáis imaginar. Es casi imposible no reír ante esta arca de Noé volcada sobre la mesa... Pero (y esta es todavía una de las sorpresas que el arte maliciosos de Figari nos reserva a cada vuelta), hay detrás de estas deformaciones caricaturales no sé qué enternecimiento de una calidad verdaderamente única. Esos caballos trasijados, esos pájaros desplumados, esos crustáceos aturdidos, esos peces raídos hasta las rapsas, todos esos pobres animales enfermos, desconcertados, descompuestos ¡cómo están cerca de nosotros, cómo se nos parecen! Se los diría echados a perder por nuestra vanidad, corrompidos por nuestros vicios, y al mismo tiempo tan tiernos, tan prontos a servirnos, a seguirnos por los caminos absurdos a donde nosotros quisiéramos conducirlos...

Hay allí adentro una emoción enmascarada, fina, secreta, a la que no se puede quedar insensible. Y es uno de los atractivos de gracia de este libro lleno de fuerza, absolutamente único en su género."

Francis de Miomandre. "Revue de l'Amérique Latine". Año 7, Vol. XVI (ps. 397-399), París noviembre 1928. Traducidos por A. Ardao, para el Apartado de la Revista Nacional, N° 208, abril junio de 1961. Montevideo.

“Su obra poética está representada por un libro, El Arquitecto (1928) y un conjunto de poemas inéditos y publicados en revistas. Evidentemente carecía de auténtico temperamento poético y era ajeno al mundo de lo lírico. Sus composiciones, prosaicas, constituyen pequeñas estampas en que recuerda personajes, animales o escenas del campo uruguayo, largas reflexiones sobre sus más queridos temas filosóficos o esbozos de fábulas en que analiza algún problema de índole moral. Con exageración crítica dicen Jean Cassou y Francis de Miomandre en el prólogo a la traducción francesa de El Arquitecto, que nunca llegó a editarse, que ‘hay en sus versos algo del soplo profético de Walt Whitman y de las nobles ambiciones de la poesía científica de René Gil.”

Ángel Rama. La aventura intelectual de Figari. Ediciones Fábula, Montevideo 1951.

“Para cubrir su numerosa producción Figari soltó su mano al arabesco narrativo de improvisación absoluta. La muñeca de su mano resultole el necesario ‘pivot’ que no le puso trabas a este hombre que tenía tantas imágenes para liberar. Pero también demostró saber encerrar en esquemas de trazos desnudos de color su mundo movedizo y su excepcional humorismo, como en los dibujos que ornan sus libros El Arquitecto e Historia Kiria.”

José Pedro Argul. Pedro Figari, Editorial Codex, Buenos Aires, 1966.

“Son siete capítulos, donde reaparece, siempre coherente, todo Figari. Los tres primeros son la continuidad natural de Arte, estética, ideal, pues allí se vuelve a definir, solo que ahora en versos libres, su antropología filosófica. El cuarto capítulo es el regionalismo: América, con su campo, sus tipos humanos, sus bailes, su pampa, sus gauchos y negros. El quinto y séptimo son observaciones sobre el hombre y la época. El seis, una suerte de fábulas en que animales y hombres sirven de pretexto al moralista. Al igual que en su pintura, creada sin preocupaciones sobre moldes estéticos, la poesía figariana es apenas otro instrumento de expresión...”

Julio María Sanguinetti. El Doctor Figari, Aguilar - Fundación BankBoston, Montevideo, 2002.